

María Luisa Fernández de Luna

Ganadora 1º Bachillerato

Pozo de esperanza

Llegados los primeros días de Noviembre empezaba a llover, cielo gris, más bien plateado; Madrid se tornaba mojado. Las monótonas clases eran interrumpidas por el incesante ruido de las obras, que sinceramente nos distraía a todos. Observando a través del cristal moteado a lluvia de la ventana, se ven los operarios trabajar y las máquinas obrar. Sintiendo curiosidad por ellas, acompañado de un ligero desinterés por la clase, mi mirada se fija en un gran agujero que en ese mismo instante está taladrando una máquina. Pasaron los días, y las obras inexplicablemente cesaron y propio de la personalidad de un niño más que de un adolescente desenfadado, la curiosidad me invadió como la lluvia tintaba Madrid. Todo descubrimiento empieza por una loca ocurrencia, aunque más bien yo no tenía idea de lo que me quedaba por ver. Así que una tarde con la excusa de haber olvidado algo en clase, me aventuré en el colegio con paso firme hacia las obras del patio, donde me llamaba mi incesante curiosidad. Descubrí una verja metálica con suficiente espacio para que cupiese una persona, y allí entré. Enormes máquinas paradas, contenedores de material polvoroso; peligro donde mirasen mis ojos. Todo el material estaba alejado de dicho agujero que días atrás había sido taladrado. Al llegar a su borde, mi curiosidad se escapó y cayó dentro aunque mi cabeza pegaba mis pies allí. De poca profundidad era, en un resbalón caí a la arena y volví a encontrar a mi curiosidad. Un ruido de crujido me alarmó, y de repente como en "Alicia en el País de las Maravillas" mi cuerpo se zambulló en la nueva abertura debajo del agujero inicial. Con un golpe seco cómicamente quedé sentada, "será el aparcamiento"- pensaba, sin saber cuán equivocada me encontraba. Aún la curiosidad latía, así que este no era fin aún. Era un ambiente sombrío, goteaba agua y yo sentía escalofríos, no de miedo o frío, sino porque sabía que algo grande esperaba. Al fondo de la extensa y oscura estancia un rayo de luz penetraba, debajo de éste, de lejos se divisaba una fina figura, una silueta de espaldas sentada, callada, consumiéndose como el rayo de luz. Me acerqué inconscientemente y de forma lenta; dicha criatura se percató de mi presencia y cambió su postura. Al no soportarlo más, pude preguntar: "¿quién eres?". La criatura me respondió:

-Soy quien menos esperas que sea, soy un anciano que a pocos días de su muerte da limosna al pobre, soy las ganas de un niño de levantarse, soy el respeto que tienes de las personas, y el amor inacabado... o eso solía ser.

"Eso suena a esperanza", dije yo sin miedo, "si ahora no lo eres, ¿qué eres ahora?"; prosiguió él: " yo era solidaridad; ahora soy dinero, yo era esfuerzo; ahora soy compensación, yo era confianza; ahora soy traición, yo era el respeto; ahora so desprecio. Yo era todo, ahora sólo soy esperanza; pequeñas gotas de todos los valores humanos. Obsérvame me consumo, la sociedad me sustituye, por eso me avergüenzo de ser lo que soy y me escondo de todos ellos, porque ellos se avergüenzan de mí". "¿Por qué aquí?", pregunté yo. "Los niños aún inocentes alimentan mi forma, qué mejor que un colegio de mentes por formar que ni juzgan ni discriminan" me contestó él. Le avisé del peligro de la obra, hizo caso omiso, y supuso que si tenía que ser así; acabaría pasando tarde o temprano. Oí gente, comenzó el ruido en la superficie y por ello me alarmé. Por las rocas que cayeron conmigo trepé no demasiado, y antes de que ningún operario se diese cuenta estaba fuera de allí; corrí a la verja por la que entré y por la que ahora salía con disimulo. Días después las obras comenzaron de nuevo y observé que el agujero estaba sellado, suerte, casualidad o no: había esperanza para la esperanza.